

ANDRÉS AMORÓS

EL ARTE DEL TOREO

Enciclopedia práctica de la lidia
y de sus grandes maestros

la esfera  de los libros

ÍNDICE

Prólogo	13
---------------	----

I ORIGEN

El toro sagrado	21
Los juegos populares y encierros	23
La corrida moderna	25

II EL TOREO MODERNO

La edad de oro y la de plata	29
La Guerra Civil y la posguerra	31
El franquismo	33
La democracia	35
La actualidad	37

III EL TORO

Un producto artificial	43
Las ganaderías	46

Labores de campo	49
La bravura	52
La casta	56
La edad	58
El peso	60
Los cuernos. El afeitado	63
El trapío	66
Los nombres de los toros	69
Miura	71
Victorino Martín	73

IV
LA CORRIDA DE TOROS

Las instalaciones de la plaza. Reconocimiento, sorteo y apartado	79
El paseíllo	83
El vestido de torear	85
Los instrumentos de torear	87
Los reglamentos	90
Los lances de capa. La verónica	93
La suerte de varas	97
Los pares de banderillas	100
Los muletazos. El pase natural	103
La estocada	106
La cuadrilla	109
Las novilladas	111
Las «señoritas toreras»	114
El presidente. Los trofeos. El indulto	117
La cornada	121
La retirada	125
El rejoneo	133
Los festejos populares	136

EL ARTE DEL TOREO

V
LAS REGLAS CLÁSICAS

Las <i>Tauromaquias</i>	143
La lidia	147
Las cualidades del lidiador	156

VI
EL TOREO Y LA SOCIEDAD

Afición y público	167
Las plazas de toros	173
Fuera de España	180
Polémicas y prohibiciones	189
Ecología y economía	196
La fiesta nacional	200
Vigencia actual de la fiesta	204

VII
MAESTROS DEL TOREO

Pedro Romero, <i>el Infalible</i>	211
Pepe-Hillo, la primera <i>Tauromaquia</i>	212
Paquiro, <i>el Napoleón del toreo</i>	213
Cúchares da nombre al arte	215
Lagartijo, <i>el Gran Califa</i>	217
Frascuero: matar o morir con honra	219
El Guerra, rey absoluto	221
Vicente Pastor, <i>el Sordao romano</i>	223
Machaquito, la estocada de la tarde	226
Bombita, el torero de la eterna sonrisa	228
Rafael <i>El Gallo, el Divino Calvo</i>	230
Rodolfo Gaona, <i>el Petronio mexicano</i>	233
Ignacio Sánchez Mejías, el del <i>Llanto</i>	236

Juan Belmonte, <i>el Pasma de Triana</i>	239
<i>Joselito el Gallo, Rey de los toreros</i>	243
<i>El Niño de la Palma, arte de Ronda</i>	247
Nicanor Villalta, un valeroso poste de telégrafos	249
<i>Chicuelo, gracia sevillana</i>	250
Manuel Granero, el príncipe heredero	252
Marcial Lalanda, <i>el más grande</i>	255
<i>Cagancho, el gitano de los ojos verdes</i>	260
Domingo Ortega, <i>el paleta de Borox</i>	263
<i>Armillita, el Joselito mexicano</i>	265
<i>Manolete, el Monstruo</i>	267
Carlos Arruza, <i>el Ciclón</i>	268
Rafael Ortega, el toreo puro	270
Pepe Luis Vázquez, <i>el Sócrates de San Bernardo</i>	271
Antonio <i>Bienvenida</i> , la sonrisa del toreo	273
Manolo Dos Santos, el mejor técnico portugués	275
Luis Miguel <i>Dominguín, el número uno</i>	276
Antonio Ordóñez, la belleza de lo clásico	278
Pepín Martín Vázquez: crece el recuerdo	280
Gregorio Sánchez, firmeza toledana	282
<i>Litri: el litrazo</i>	283
Manolo Vázquez: <i>el toreo de frente</i>	285
Julio Aparicio, científico y temperamental	287
Jaime Ostos, <i>Jaime Corazón de León</i>	288
César Girón, ídolo de Venezuela	290
Victoriano <i>Válencia: cuatro faenas inolvidables</i>	292
<i>Antoñete: no naturales, escoriales</i>	294
<i>Chamaco, heterodoxia y pasión de Barcelona</i>	297
Joaquín Bernadó, el mejor torero catalán	299
Curro Romero, <i>el Faraón de Camas</i>	301
Andrés Vázquez, de las capeas a los Victorinos	303
<i>El Viti, varón esencial</i>	305
<i>El Cordobés, un mito pop</i>	307
<i>Miguelín, el momento de la verdad</i>	308
<i>Rafael de Paula, el duende gitano</i>	310
Diego Puerta, <i>Diego Valor</i>	311

Paco Camino, <i>el Niño Sabio de Camas</i>	313
José Fuentes: «Linares nos lo devuelve»	316
Palomo Linares, lidiador y guerrillero	317
<i>Paquirri: Marinero de luces</i>	319
Dámaso González, temple de Albacete	321
Francisco Ruiz Miguel: cortarle el rabo a un Miura	322
Ángel Teruel: la elegante facilidad	324
Roberto Domínguez, a contracorriente	325
Julio Robles, plateresco salmantino	327
<i>Curro Vázquez</i> , el rubio de Linares	329
<i>Manili: ¡Que viene Manili!</i>	330
<i>El Niño de la Capea</i> , más listo que los ratones <i>coloraos</i>	332
José María <i>Manzanares</i> , estética mediterránea	334
José Antonio Campuzano, la técnica y la espada	336
José Ortega Cano, torero de sentimiento	337
Paco Ojeda, el encimismo	339
Luis Francisco Esplá, «torero de Las Ventas»	341
Víctor Mendes, banderillero espectacular	343
<i>Espartaco</i> , la indomable voluntad	344
Emilio Muñoz, barroquismo trianero	346
<i>El Soro</i> , una traca valenciana	347
<i>El Yiyo</i> , príncipe del toreo	349
César Rincón, conquistador de Las Ventas	350
<i>Joselito</i> , por libre	352
Enrique Ponce, la difícil facilidad	353
Juan José Padilla, un héroe del pueblo	355
<i>El Cid</i> , la mano izquierda	357
<i>Jesulín de Ubrique</i> : el torero y el personaje mediático	359
José Tomás, el mito	360
Morante de la Puebla, arte clásico	362
Iván Fandiño seguía su camino	364
Sebastián Castella: valor frío como el hielo	366
Miguel Ángel Perera: la firmeza	367
Daniel Luque: volver a la cumbre	369
Alejandro Talavante, un Guadiana	371
Andrés Roca Rey, firme y mandón	373

VIII
LOS TOROS Y LA CULTURA

La historia de España	379
El torero, héroe	382
El lenguaje taurino	384
Teatro, novela y poesía	386
Ensayo y periodismo	390
Música taurina	393
Las artes plásticas	395
Fotografía y cine	398
Gastronomía	402
Símbolo de la vida	404

PRÓLOGO



A pesar de los continuos ataques de los animalistas y de los independentistas, la tauromaquia en España sigue gozando de bastante buena salud. Los datos y la experiencia lo demuestran: en 2023, la asistencia de público a las dos principales plazas españolas, la de Sevilla y la de Madrid, ha superado a la de todos los años anteriores.

Sin bajar a estadísticas concretas, la tendencia está ahí, es indiscutible. También lo es la presencia creciente de grupos de mujeres y de jóvenes en los tendidos de las plazas españolas. El tópico que esgrimían los anti-taurinos de que es una fiesta vieja, casposa, sin futuro, se está disolviendo como un azucarillo.

Una de sus causas puede ser que, después del covid, la sociedad española se ha lanzado con entusiasmo a la calle, a los bares y restaurantes, a los viajes, a los conciertos, a disfrutar de la vida... Es cierto, pero eso no ha afectado por igual a todos los espectáculos.

También es posible que una parte de la sociedad española esté reaccionando frente a tanta monserga pseudoprogresista. En una sociedad urbana, no agrícola, como es la nuestra, muchos jóvenes desconocen el mundo de la tauromaquia. Es lógico que algunos no la entiendan o no les interese, pero no es disparatado pensar que otros, precisamente como reacción contra tantas exageraciones, sientan curiosidad por ver en qué consiste ese espectáculo y quieran forjarse su propia opinión. Por eso acuden a las plazas con sus amigos, dispuestos a pasarlo lo mejor posible.

El resultado no puede ser unánime. Depende, ante todo, de la suerte que hayan tenido en esa primera experiencia. Por mucho que me gusten

los toros, no puedo negar que hay corridas aburridas, exactamente igual que algunos partidos de fútbol, algunas películas y algunas obras de teatro. Pero hay tardes en las que en una plaza de toros se vive algo único, una experiencia extraordinaria, una comunión total. Si los jóvenes han tenido la suerte de vivir eso, o algo cercano, y si su sensibilidad conecta con ese arte, es casi seguro que querrán volver: presenciar otras corridas, comparar una tarde con otra, comentar con sus amigos...

Cuando esa semilla ha prendido, no es fácil que se la lleve el viento, por muchas matracas antitaurinas que escuchen. Su asistencia a los toros dependerá de otras circunstancias: del precio de las entradas, sobre todo; de la facilidad para conseguir descuentos para jóvenes; del eco que tengan los toros en los medios de comunicación (por desgracia, hoy, tan escaso); del atractivo de los carteles; de la competencia con otras formas de diversión... Es decir, lo mismo que pasa con los demás espectáculos.

Para el futuro de la fiesta, esta asistencia de jóvenes es decisiva. Exactamente igual sucede, por ejemplo, con los conciertos de música clásica. No todos los síntomas son negativos. Hace algunos años, ¿quién podría imaginar que muchos jóvenes europeos se iban a apasionar por la ópera, por la música barroca, por el canto gregoriano? Hoy es una realidad indiscutible.

Para disfrutar con los toros, como con cualquier arte y espectáculo, hace falta una educación, un cierto conocimiento.

Es muy fácil encontrar ejemplos: si a mí me aburre mortalmente un partido de béisbol, no debo pensar por ello que los millones de americanos a los que les apasiona son seres inferiores (ni tampoco superiores, claro está). Lo que me pasa es muy sencillo: yo desconozco por completo las reglas del béisbol, no sé apreciar una buena jugada, carezco de referencias, porque ese deporte es totalmente ajeno a la cultura en la que me he criado. Si yo viviera cierto tiempo en Estados Unidos, presenciara unos cuantos partidos y me lo explicaran bien, quizá acabaría gustándome.

En otro terreno, a nadie le suele gustar un cuarteto de Beethoven la primera vez que lo escucha, ni un cuadro de Paul Klee, ni un poema de Góngora o Quevedo. Para apreciarlos, hace falta una familiaridad, cierto aprendizaje.

No estoy diciendo que la tauromaquia sea algo intelectual, todo lo contrario: es una fiesta popular que entra por los ojos, pero, para apreciarla de verdad, es necesario conocer sus reglas. Exactamente igual que sucede con cualquier arte o espectáculo.

No es un problema de edad, sino de conocimiento. Me alegra ver llenos los tendidos de una plaza de toros, pero más de una vez me ha disgustado presenciar reacciones de una parte del público que no me parecían adecuadas. Y no es puritanismo: comportamientos que son habituales en un concierto de *rock* no serían admisibles, por ejemplo, en un partido de tenis. En los toros se aprende, entre otras muchas cosas, que cada uno debe estar en su sitio.

En algunos públicos de toros, he advertido últimamente cierta desorientación, falta de criterio. No es extraño. Ya dijeron Ortega y Pérez de Ayala que en las plazas de toros se refleja claramente el clima social. Teniendo en cuenta cómo anda hoy la sociedad española, sería increíble que no viéramos algo semejante en la fiesta.

Tuve la idea de este libro pensando en esos públicos, jóvenes o no, que acuden a una plaza de toros con más curiosidad que conocimientos. Para los que hemos visto bastantes corridas de toros y hemos escuchado y leído a unos cuantos maestros, resulta casi una obligación transmitir lo que ellos nos han enseñado.

No solo necesitan orientación y criterio los nuevos aficionados. Como dice un refrán que me gusta mucho, «entre todos lo sabemos todo». Especialmente, en un mundo tan rico y tan complejo como es la fiesta de los toros. Hasta el muy sabio Marcial Lalanda hizo suya la frase de Goya: «Todavía aprendo».

He intentado resumir en un libro manejable la información que puede querer cualquiera que asista a una plaza de toros. Eso incluye datos concretos sobre muchos aspectos: la historia de la fiesta, el toro bravo, la plaza, las reglas clásicas, los maestros del toreo, la relación con la sociedad y la cultura...

He procurado explicar con claridad y sencillez, sin tecnicismos innecesarios, lo que yo considero básico. De cada uno de los temas, por supuesto, hubiera podido extenderme mucho más, pero no buscaba lucirme, sino ayudar al lector, sea cual sea su nivel de conocimientos taurinos. Me he dirigido tanto al espectador novel como al experto.

Pido perdón por los errores —me temo que habrá muchos— y por las omisiones, sobre todo, en la difícilísima selección de los toreros que comento. La extensión manda.

También me disculpo por las repeticiones, inevitables en una obra de este tipo: una suerte (por ejemplo, la verónica o el natural) se menciona al hablar de la lidia, de la historia, del diestro que mejor la interpretó, de la obra literaria en la que se cita...

He intentado que este libro se pueda leer seguido, como un ensayo sobre la fiesta; también, que pueda utilizarse como una obra de referencia para solucionar alguna duda.

Recojo muchos datos objetivos y también ofrezco muchas valoraciones: inevitablemente, son subjetivas. En los públicos actuales, suelo echar de menos el criterio para discernir el arte auténtico de los efectismos; lo admirable de lo que es menos bueno.

¿Cuál es mi criterio? El que aprendí de mis mayores en edad y sabiduría. No es difícil resumirlo: la tauromaquia nació como un rito sagrado; se convirtió luego en un juego caballeresco y popular del que derivó la corrida moderna con su equilibrio de belleza y emoción.

Hoy en día, la tauromaquia es, sin duda alguna, un arte: se basa en una técnica; tiene unas reglas que es preciso conocer para cumplirlas o infringirlas, pero sabiendo que existen; expresa la personalidad del artista; agrada y consuela al que lo contempla. Es decir, que la fiesta reúne todas las condiciones necesarias, según los filósofos escolásticos, para ser considerada un arte.

A la vez, las corridas de toros son, ahora mismo, un importante espectáculo de masas: algo que mueve mucho dinero, con todos los riesgos de comercialización y falsificación que eso comporta.

Frente a los enemigos de la tauromaquia, resulta fácil mostrar su valor ecológico, su valor económico y su valor cultural.

Para que ese arte no se degrade, es indispensable que se mantenga la casta brava del toro sin rebajarla. Sin eso, todo se vendría abajo.

Como el toro es un animal peligrosísimo y cambiante, resulta imprescindible, ante todo, dominarlo. A partir de ese dominio, surgirá luego la estética personal de cada diestro.

Para ser buen torero, es absolutamente necesario tener valor, pero no basta con eso ni con ponerse bonito. El dominio del toro exige mucha

inteligencia: ver rápidamente las condiciones del toro y conocer las reglas clásicas de la tauromaquia.

Cada toro tiene su lidia. Todo lo que se le haga a un toro ha de tener un porqué, un sentido. La lidia de cada toro plantea problemas diferentes, que el diestro ha de ver claro y resolver al instante. El buen aficionado disfruta viendo la manera en que los soluciona el diestro: cómo es capaz de convertir el mando en belleza; la técnica, en arte.

Quiero agradecer a Ymelda Navajo, que ya había editado otros libros míos de tema taurino, el interés con que acogió este proyecto y la profesionalidad con la que lo ha realizado, como es propio de ella y de La Esfera de los Libros. También, el trabajo minucioso del editor, Carlos Alcelay, y la ayuda de Manuel Durán para seleccionar las fotografías.

Nace este libro de haber visto unas cuantas corridas de toros a lo largo de los años, desde que de niño me llevó a una plaza por primera vez mi padre, Manuel Amorós, un buen aficionado. Debo dedicárselo a él y a algunos grandes maestros y amigos que me ayudaron a entender lo que iba viendo: Marcial Lalanda, Domingo Ortega, Luis Miguel *Dominguín* y Manolo Vázquez. También a mi hijo, Antonio Amorós, que continúa nuestra afición. Y a mi mujer, Auxi, que me ha aguantado tantas latas por culpa de los toros.

Deseo que este libro ayude a algunos lectores a entender mejor y a disfrutar más con el toreo, ese arte único.

I
ORIGEN



EL TORO SAGRADO



«Viene el toro de Grecia
por el Mediterráneo...».

AGUSTÍN DE FOXÁ

Desde hace cerca de 40.000 años, los hombres cazaban toros para alimentarse. Al abandonar el nomadismo y hacerse sedentarios, comenzaron a criar ganado vacuno.

Se ha considerado al toro como un animal sagrado en muchas culturas del Oriente Próximo y del Mediterráneo: la India, Mesopotamia, Anatolia, Grecia, Roma... Se le ha identificado simbólicamente con muchas cualidades positivas: la luz, la fuerza, la agricultura, la fecundidad, la renovación de la vida...

En la India, el toro y la vaca son sagrados, y el dios Siva cabalga sobre el toro Nandi. En Mesopotamia, se identifica con los cuernos de la luna (bucráneos). Según la leyenda babilónica, Gilgamés mata al toro celeste. En Egipto, el toro Apis encarna a Osiris, el dios solar: se le dedica un templo en Menfis. En la mitología griega, Dionisos aparece como toro. En la cultura helenística impera el culto a Mitra, la luz celeste. Sostienen algunos que la palabra «Italia» quiere decir 'tierra de ganado vacuno'; son frecuentes en Roma los sacrificios rituales; Julio César introduce los uros en los espectáculos...

Esta visión sagrada del toro da lugar a muchos mitos poéticos: Pasífae, enamorada del toro, se disfraza de vaca para unirse a él y concebir al Minotauro, mitad hombre, mitad toro, al que mata Teseo. Europa, robada por el toro (Zeus), ama a su raptor y da su nombre a un nuevo mundo, el nuestro.

Surgen también ritos, como el taurobolio: sacrificio de un toro para conseguir un bautismo de sangre. En los frescos del palacio de Cnosos,

en Creta, la taurocatapsia, en la que los jóvenes gimnastas —chicos y chicas— saltan sobre el toro...

¿Tiene todo esto que ver con la tauromaquia actual? Los saltos cretenses recuerdan a los recortadores; los juegos romanos, como el de Urso, en *Quo Vadis*, a la suerte de mancornar o derribar a un toro, cogiéndolo por los cuernos, y a los *forçados* portugueses.

En general, las diferencias son grandes, pero el vínculo parece evidente. El arte del toreo no es un deporte, sino que hunde sus raíces en una raíz mítica, sagrada: significa la proclamación de la vida frente a la muerte.

LOS JUEGOS POPULARES Y ENCIERROS



«Está en la plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo, los días
de su rey Felipe IV».

DUQUE DE RIVAS

En el Museo Arqueológico Nacional vemos la reproducción de los frescos de Altamira y los toros de bronce de Costitx, unas impresionantes cabezas de cerca de medio metro procedentes de la cultura tala-yótica balear.

También vemos allí verracos celtibéricos (¿toros, cerdos?), similares a los famosísimos de Guisando, a los que cantó García Lorca en su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*: «Y los toros de Guisando, / casi muerte y casi piedra». Contra otro de esos toros, en el puente viejo de Salamanca, dio el ciego a Lázaro de Tormes «una gran calabazada».

En un anejo a la histórica conferencia sobre *El arte del toreo* que dio Domingo Ortega en el Ateneo de Madrid el 29 de marzo de 1950, Ortega y Gasset, su amigo, publica el retrato, hecho por un pintor del siglo XVII, del toro primigenio, el uro o *Aurochs*, tal vez el último individuo de la especie que entonces sobrevivía. La imagen es cercana a la de las reses que hoy se lidian: «Era un animal enorme y peligrosísimo, que poblaba los bosques de la Europa central y nórdica».

¿Por qué sobrevivió esta especie solamente en España? En el siglo XVIII, Nicolás Fernández de Moratín lo achacó a la influencia mora. Hoy, esa teoría nos parece algo novelesca. La perduración de la especie se debe a la afición española a jugar con el toro, tanto el pueblo como los nobles.

Desde hace siglos, en muchos pueblos españoles los jóvenes han jugado al toro. Respondían así a una llamada profunda, misteriosa. De ahí derivan una serie de festejos taurinos populares, que se mantienen hoy

mismo muy vivos, con distintos nombres y modalidades: encierros, capeas, toro de fuego, toro enmaromado, *correbous*, *sokamuturra*, toro jubilo, toro de ronda, toro de la Vega...

Los encierros de San Fermín son famosos internacionalmente, pero no son los únicos. Menciona encierros ya un documento real referido a la villa de Cuéllar, el 7 de febrero de 1447, como una «costumbre inmemorial» del día de San Juan, la gran fiesta del solsticio de verano, que se celebra en casi toda España: hogueras, verbenas, el trébole...

A la vez, los nobles, a caballo, jugaban al toro en las plazas mayores de pueblos y ciudades. Está documentado que así se celebró la venida a España del emperador Carlos V. Lo cantan los grandes poetas del Siglo de Oro: Góngora, Quevedo, Villamediana...

En el centro de las fiestas populares españolas han estado siempre los juegos con el toro.

LA CORRIDA MODERNA



«Goya dice que él ha toreado, en su tiempo, y que,
con la espada en la mano,
a nadie teme. Dentro de unos meses,
va a cumplir ochenta años».

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

¿Por qué sentía el pueblo español, en su conjunto, esta verdadera fascinación por los juegos con el toro? La mejor explicación la da Ángel Álvarez de Miranda en un libro básico, *Ritos y juegos del toro*: el toro es, para el hombre primitivo, un depósito cualificado de energía creadora, reproductiva. Ese hombre cree poder utilizar esa fuerza de fecundidad para sus propios fines por medio de la «magia simpatética contaminante». Según eso, la costumbre popular española del toro nupcial supone el antecedente directo de las corridas de toros, que vienen a ser su desarrollo lúdico.

El cambio decisivo se produce en la segunda mitad del siglo XVIII (aproximadamente, la época de Goya). La realidad histórica de las fiestas taurinas experimenta entonces una serie de novedades trascendentales, fáciles de resumir:

- Frente al toro semisalvaje, surgen las ganaderías, que crían y seleccionan toros bravos.
- Asumen el papel de protagonistas los toreros de a pie (antes, solamente ayudantes de los caballeros).
- El torero se hace profesional: cobra por su actuación.
- La fiesta se democratiza: los protagonistas ya no son nobles, sino gente del pueblo.
- Se codifican las reglas de la lidia. Surgen las *Tauromaquias* desde la que publica *Pepe-Hillo* en Cádiz en 1796.

- Se crean recintos, contruidos ex profeso para este menester: las plazas de toros.

Debo hacer una salvedad. Esto que he expuesto es la doctrina común, generalmente aceptada, desde Cossío. En los últimos años, Gonzalo Santonja está publicando una serie de investigaciones que cambian nuestra visión. En diversas obras de arte de la Edad Media y del Siglo de Oro ha encontrado imágenes que parecen representar ya una lidia taurina a pie, a la manera moderna; en archivos municipales, documentos que demuestran que, antes del siglo XVIII, se pagaba ya a algunos ganaderos y toreros. Creo que esta importante aportación completa, pero no destruye la teoría básica.

Acusan algunos a la tauromaquia de ser algo irracional, mágico. La historia demuestra que la corrida moderna es hija de la Ilustración, de la racionalidad. Lo que hizo la Ilustración fue depurar, racionalizar y codificar lo que hasta entonces era una fiesta popular espontánea: nació así el espectáculo de la moderna corrida de toros.

II
EL TOREO
MODERNO



LA EDAD DE ORO Y LA DE PLATA

«No es nostalgia: con ellos dos alcanza su cumbre el arte del toreo. Los que tuvieron la oportunidad de ver todo esto lo guardan en su memoria —en su corazón— como punto de referencia permanente».

MARCIAL LALANDA

Llamamos Edad de Oro del toreo a la etapa en la que coinciden las dos máximas figuras, *Joselito el Gallo* (al que de joven llamaban *Gallito*) y Juan Belmonte: desde la alternativa de Belmonte en 1913 hasta la muerte de *Joselito* el 16 de mayo de 1920.

Representan los dos polos de la fiesta: la técnica y el arte, la razón y la magia, el dominio y la inspiración. No es extraño que José fuera el ídolo de los profesionales y Juan, de los escritores y artistas. Eran algo así como Platón y Aristóteles, o san Agustín y santo Tomás: la imposible unión de los dos, el torero perfecto.

Con ambos, la fiesta vive su Edad de Oro: por el fervor popular, por su vigencia social, por las polémicas, por la repercusión en la literatura y en las demás artes.

Se decía entonces que a *Gallito* lo había parido una vaca, que solo podía herirlo un toro si le arrojaba un cuerno; de Juan, en cambio, se afirmaba que el que quisiera verlo tenía que darse prisa. Pero a José lo mató un toro en Talavera; Juan le sobrevivió cuarenta años, hasta que se suicidó.

Cuando murió *Joselito*, muchos dijeron que se acababa el toreo. Pero el arte no se acaba nunca. Desde 1920 hasta el comienzo de la Guerra Civil, en 1936, se extiende la llamada Edad de Plata. Cada día se valora más su importancia.

Continúan toreando entonces algunos maestros de la etapa anterior: Juan Belmonte, Rafael *El Gallo*, Rodolfo Gaona, Ignacio Sánchez

Mejías... Surgen las nuevas figuras: Marcial Lalanda, *Chicuelo*, Manuel Granero, el *Niño de la Palma*, *Armillita*, Nicanor Villalta, Manolo *Bienvenida*, Domingo Ortega... Una nómina impresionante. Opinan algunos que nunca en la historia han coincidido en los ruedos tantas figuras de primera categoría. Todos ellos han aprendido la lección técnica de *Gallito*, pero a la vez continúan la revolución estética de Belmonte.

Ninguno de ellos manda en el toreo, ninguno tiene fuerza para imponer sus exigencias: por eso quizá nunca se ha lidiado un toro tan encastado como entonces. No es extraño que se sucedan las cornadas graves y hasta las tragedias: Granero, *Gitanillo de Triana*, Sánchez Mejías...

En ninguna época, además, se ha vivido con tanta fuerza la unión de los toros y la cultura.

LA GUERRA CIVIL Y LA POSGUERRA

«Se produjo una auténtica deformación del toreo. Apareció el encimismo, se generalizaron los fraudes, se impuso el afeitado, tomaron el mando los apoderados, triunfó la mercantilización, influyó de modo decisivo la propaganda».

MARCIAL LALANDA

También en la fiesta de los toros la Guerra Civil supuso una gran tragedia y la ruptura en la evolución de un arte que había llegado ya a una gran perfección.

Recordemos algunos datos anecdóticos. El 29 de septiembre de 1936, Franco asumió el poder en la finca del ganadero salmantino Antonio Pérez. Durante la guerra, fueron asesinados, entre otros, los toreros *El Algabeño*, Juan Luis de la Rosa y *Valencia II*, además de nueve miembros de la familia de Marcial Lalanda y cuatro de los Pérez Tabernero. Algunos toreros se pasaron al bando nacional desde Francia. También sufrieron los efectos de la guerra muchas ganaderías bravas: las masas hambrientas se comieron literalmente a no pocos toros.

Se organizaron, en ambos bandos, «corridos patrióticos». Impresiona ver las fotografías de los paseillos, con todos los participantes (matadores, banderilleros, monosabios) y el público, haciendo el saludo falangista o saludando con el puño en alto.

En el cartel de la corrida que organizó Falange Española en Sevilla el 14 de febrero de 1937, «a beneficio de Asistencia al Frente y Auxilio de Invierno», se anuncian ocho toros; en el centro, el yugo y las flechas; debajo, «¡Arriba España!».

El 2 de julio de 1939, tomó la alternativa en Sevilla *Manolete* con un toro de Clemente Tassara: su nombre era *Comunista*, pero se lo cambiaron por *Mirador* (anota Cossío: «Por razones obvias»).

El 20 de octubre de 1940, se organizó en Las Ventas una corrida en honor de Heinrich Himmler, que había llegado a Madrid para preparar la entrevista de Hendaya entre Franco y Hitler. Torearon Marcial Lalanda, Gallito y Pepe Luis Vázquez, que confirmaba la alternativa. (Me contó Marcial que los toreros no tenían ni idea de quién era ese personaje). En el cartel veo el yugo y las flechas y la cruz gamada. Cayó un chaparrón y se suspendió el festejo después del tercer toro. Parece ser que la corrida de toros le pareció algo muy sangriento al creador de la Gestapo...

Se ha calculado que, durante la guerra, desaparecieron 31 ganaderías y se sacrificaron cerca de 12.000 toros. Al concluir, para facilitar la celebración de corridas, se aceptó que se lidiaran toros sin la edad y el peso reglamentarios. Eso abrió el camino a muchas corruptelas.

EL FRANQUISMO

«Luis Miguel y Antonio Ordóñez están completamente de acuerdo: los dos quieren la misma cosa. Los dos son fieles a su concepción del toreo y cada uno cree que no hay más allá».

GREGORIO CORROCHANO

Además de ser una gran figura, a *Manolete* le tocó el papel histórico de ser un torero «para después de una guerra», un héroe popular. Para muchos, sus grandes faenas suponían una compensación al hambre y las privaciones de aquel momento. La noticia de su muerte paralizó a toda España.

Pero la vida y el toreo han de seguir. Surgieron entonces dos grandes artistas, que llegaron a convertirse en símbolos del toreo sevillano y del madrileño, Pepe Luis Vázquez y Antonio *Bienvenida*, respectivamente. Junto a ellos, dos toreros cuyo prestigio ha ido creciendo, con el tiempo, en el recuerdo de los profesionales: Rafael Ortega y Pepín Martín Vázquez.

Se vivió luego una gran competencia, quizá la última de la historia, la de Luis Miguel *Dominguín* y Antonio Ordóñez, dos diestros extraordinarios. El morbo aumentaba porque eran cuñados pero opuestos de estilo y carácter. Dio proyección universal a esta rivalidad Ernest Hemingway con las novelarías de *El verano sangriento*.

Comenzaban entonces su carrera dos grandes artistas que alcanzaron su cumbre en la madurez: el madrileño *Antoñete* y el sevillano Manolo Vázquez.

Desde novilleros, se convirtieron en ídolos de masas el sabio lidiador Julio Aparicio y el valentísimo *Litri*. Algo parecido promovió el gran empresario don Pedro Balañá, en Barcelona, con Bernadó y *Chamaco*.

A partir de los sesenta, se impuso un cartel de tres grandes toreros: el valiente Diego Puerta, el sabio Paco Camino y el clásico *El Viti*. Suscitó

amplia repercusión la polémica sobre el afeitado, denunciado por Antonio *Bienvenida*. Nació entonces el mito artístico de Curro Romero.

En la España de los sesenta, surge el fenómeno social de *El Cordobés*. El gran público se rinde a su tremendismo. A través de aquella televisión en blanco y negro, se convierte en un ídolo popular. Es obvio subrayar que simboliza una nueva sociedad, la del turismo, en la que los Beatles han sustituido a la copla. A él se une como «guerrillero», frente a los grandes empresarios, Palomo Linares, que se había revelado en las novilladas de La Oportunidad.

A fines de los sesenta, el triunfo madrileño de los toros de Victorino Martín supone el deseo de recuperar la seriedad y la casta del toro bravo. En esa misma línea va, en 1969, la aprobación de un nuevo reglamento taurino.

LA DEMOCRACIA



«Cante y canto es el toreo:
es cante en Rafael de Paula
y canto en Curro Romero.
“Y cante y canto y encanto.
O embeleso de brujería, de mágico
señorío torero en Manolo Vázquez”».

JOSÉ BERGAMÍN

Como no podía ser de otra forma, los aires nuevos que trajo a España la democracia afectaron también al mundo de la tauromaquia: el deseo de superar viejas fórmulas para conseguir un espectáculo más auténtico y una gestión empresarial acorde a los nuevos tiempos.

El nuevo clima político y social afectó también a la valoración popular de la fiesta. Por un lado, de forma negativa, con el prejuicio de identificarla con una España castiza, que se pretendía superar. Por otro, surgieron iniciativas valiosas para liberar a la tauromaquia del cliché del franquismo. Recuerdo, por ejemplo, la actuación del PSOE valenciano, que pretendía modernizar la imagen de la fiesta con una revista de alto nivel cultural como *Qutes*.

También fue significativo el suplemento taurino que publicaba *Diario 16*. Notable valor simbólico tuvo el hecho de que los Cursos de Verano de la Universidad Complutense, que adquirieron entonces gran prestigio, incorporaran cursos sobre la tauromaquia, pronto imitados en muchas ciudades españolas.

En este deseo de recuperar la valoración cultural de la fiesta tuvo también gran importancia y repercusión la colección de libros «La Tauromaquia», que publicaba la editorial Espasa-Calpe. Como ejemplo del nuevo periodismo, surgió, a comienzos de los años noventa, la revista *6 toros 6*, que complementaba a la más tradicional *Aplausos*.

Las trágicas muertes de *Paquirri* (1984) y del muy joven *Yiyo* (1985) contribuyeron paradójicamente a que se recuperara el respeto social por una fiesta en la que se muere de verdad, no de mentirijillas.

Surgieron también nuevas primeras figuras: en Alicante, el lidiador Luis Francisco Esplá frente al artista José María *Manzanares*; en Salamanca, el sabio *Niño de la Capea* frente a Julio Robles, maestro del temple, de carrera truncada trágicamente. Se produjo también el apogeo del «paulismo», la pasión por la estética de *Rafael de Paula*.

La vuelta a los ruedos de *Antoñete* y Manolo Vázquez tuvo una importante consecuencia: mostrar a los jóvenes la belleza eterna del toreo clásico. Algo semejante suscitaban las faenas de César Rincón, dando al toro mucha distancia.

Surgieron los fenómenos de Paco Ojeda, con su encimismo, y del populista *Jesulín de Ubrique*. Arrasó José Tomás con su toreo amanoletado y su peculiar estrategia. Lamento que no haya querido enfrentarse a Enrique Ponce, cuyas estadísticas triunfales no tienen parangón.

LA ACTUALIDAD

«La gente joven es taurina y eso se confirma tarde a tarde, en los tendidos. Hay que seguir motivándolos y fidelizando su presencia en las plazas con alicientes que los cautiven, ya sean toreros, ganaderías o el espectáculo en general. Yo me siento orgulloso de ver los tendidos así, con gente joven que se identifica conmigo, al igual que yo me identifico con ellos. Ellos son el futuro».

ANDRÉS ROCA REY

No podía librarse la tauromaquia de sufrir las nefastas consecuencias del covid. Ante todo, por la suspensión de los festejos. Más adelante, cuando se autoriza su celebración, con graves restricciones de público y la limitación económica que eso supone, algunos diestros aceptan el reto para mantener viva la llama taurina, otros prefieren esperar tiempos mejores.

La epidemia ha causado muy graves perjuicios a los ganaderos, a los matadores, a los subalternos, a las empresas... También a la afición: cuando se pierde el hábito de asistir a un espectáculo, no es fácil recuperarlo. Las corridas para muy poco público y las cámaras de televisión no pueden transmitir el júbilo colectivo de una gran tarde de toros.

La vuelta de las corridas «normales» ha tenido consecuencias contradictorias. Mucha gente ha acudido de nuevo a las Ferias de Madrid y Sevilla, con carteles muy rematados. (San Fermín es un caso aparte: sigue llenándose, toree quien toree). En cambio, Bilbao y San Sebastián han sufrido una fuerte bajada. En muchas ciudades, se ha comprobado que no basta con la presencia de figuras para llenar el coso. En las Ferias largas, la crisis económica conduce a que disminuya el número de abonados: buena parte del público compra entradas solo para un par de festejos, los que ofrecen carteles más llamativos.

Quizá lo más preocupante sea la situación de las novilladas. Con los gastos fijos actuales (impuestos, salarios, canon de la plaza), resultan inviables económicamente. Lo ha denunciado reiteradamente el alcalde de Villaseca de la Sagra, que organiza uno de los principales ciclos de festejos menores, pero ni la autoridad ni los profesionales han respondido a ese reto. Para el futuro de la fiesta, es un problema gravísimo.

En las reses que se lidian, se ha impuesto el monoencaste Domecq, con las malas consecuencias que eso tiene para la variedad de la lidia. Con esos toros, las figuras repiten demasiado un tipo de faena, que los demás diestros intentan imitar.

Por culpa del dichoso virus, quedaron sin lidiarse, en su momento, muchos toros: una vez superado, hemos visto en los ruedos muchos toros cinqueños. Además, se han diezmado muchas ganaderías: incluso en las grandes Ferias, cada vez son más frecuentes los carteles con toros de más de una divisa. Las figuras suelen limitarse a lidiar unos pocos hierros, que no dan abasto para todos los festejos de relumbrón. Muchas voces alertan de que, la próxima temporada, pueden faltar toros en el campo (se entiende: de los que exigen las figuras).

No sabemos si José Tomás se ha retirado o no: ni está ni se le espera, salvo un posible «festival», espléndidamente remunerado. Morante es ahora mismo el indiscutible número uno; por fin, ha asumido su responsabilidad de primera figura. Ha realizado faenas memorables y superado las 100 corridas en una temporada, algo insólito en un torero artista. Se ha retirado *El Juli*, recibiendo los homenajes que merece. Debe volver a los ruedos Enrique Ponce para despedirse con la categoría adecuada a su trayectoria. Roca Rey es ahora mismo el amo de la taquilla, pero recurre a muchos efectismos. Daniel Luque ha recuperado su mejor nivel con los toros encastados. La gran revelación, al final, ha sido Borja Jiménez, gran triunfador en Madrid con toros de Victorino.

Sin duda, el escalafón, con diestros muy veteranos, necesita renovarse. Pero el gran público solo acude a las plazas si le suenan los nombres que se anuncian: la pescadilla que se muerde la cola... En el rejoneo, Diego Ventura es la máxima figura indiscutible.

La mejor noticia ha sido que acuden ahora a las plazas muchos jóvenes. Pero esto trae consigo también un riesgo: cada vez advierto más, en todos los cosos, una alarmante falta de criterio. Ese nuevo público necesita

urgentemente información y orientación. Una plaza de toros no es una discoteca.

Probablemente, muchos de estos jóvenes están reaccionando contra unas campañas antitaurinas desaforadas, quieren descubrir cómo es de verdad esta fiesta. Debemos procurar que vean la hermosura única del toro auténtico y del toreo clásico.